EL RINCÓN SOLIDARIO

TRAZAR EL CAMINO DE LOS VALORES

Es innegable que vivimos en un mundo violento. Los bombardeos en Guta se han convertido en una masacre y ya han recibido el lamentable título de ser uno de los episodios más mortíferos de la guerra de Siria. Los tiroteos en institutos de Estados Unidos se repiten con una cierta periodicidad y Trump propone combatirlos creando una red de profesores armados como medida preventiva.

Solo son un par de ejemplos; nos pillan algo lejos y la distancia nos permite levantar una barrera invisible tras la que nos sentimos alejados de la barbarie.

Pero, de repente, llegan los ultras de un equipo de fútbol a las puertas de San Mamés provocando, destrozando, atacando indiscriminadamente y nos sentimos vulnerables; levantamos la voz y exigimos responsabilidades a las autoridades por dejar entrar el vandalismo en casa.

No nos engañemos: la violencia no nos es ajena; en Bilbao había grupos 'de los de casa' contestando a los agresores foráneos. Y hay más: en diciembre se desarticuló una banda de acosadores de menores liderada por una adolescente, la violencia de género se ha cobrado más de una decena de víctimas en España en lo que llevamos de 2018, aumentan los atracos con agresión...

Estamos construyendo una sociedad brusca, desapacible, arisca y poco hospitalaria.

Obviamente, debemos exigir a representantes políticos y gobiernos que tomen medidas de protección y preventivas, podemos evidenciar y denunciar, alzar la voz, crear conciencia y abrir debates de fondo. Pero la responsabilidad y, quizás, la solución pasa por cada uno de nosotros.

Invalidemos determinadas conductas socialmente normalizadas: la exigencia, el autoritarismo, los insultos, las mentiras, la intolerancia y la incapacidad para aceptar e integrar el sentir del otro. Debemos enfrentar estas situaciones con determinación y valentía.

Tenemos una responsabilidad con la generación que estamos criando y formando. Ellos son los más vulnerables, como víctimas o como ejecutores porque –y este es el dato más preocupante– la violencia juvenil es una tendencia tristemente en alza y somos los adultos los que debemos detener esa progresión ascendente.

Hemos de enseñar a niños y jóvenes a soportar la frustración y a no exigir la inmediatez; explicarles el significado de palabras como compromiso, esfuerzo, respeto y amabilidad; educarles para decir gracias y por favor.

No es tan complicado, los niños son grandes imitadores; solo tenemos que trazar el camino de los valores. Demostrarles la satisfacción de ayudar a los demás, subrayar el valor de la cooperación y de la solidaridad.

Podemos empezar por las cosas más sencillas: intentar convertir pequeños ademanes cotidianos, gestos sutiles que involuntariamente agreden y violentan, en actitudes de acogida y empatía. Está en nuestra mano también cambiar expresiones adustas por miradas acogedoras, salir de nuestra burbuja, prestar atención y estar dispuestos a echar una mano.

Seamos ambiciosos en los objetivos, pero humildes en las acciones. Empecemos por mirar a los demás y sonreír.

Maite Sebal, directora de Cáritas Diocesana de Vitoria.

ANTE LA VIOLENCIA, DEBEMOS EXIGIR MEDIDAS DE PROTECCIÓN Y PREVENTIVAS, EVIDENCIAR Y DENUNCIAR, ALZAR LA VOZ. PERO LA RESPONSABILIDAD Y LA SOLUCIÓN PASAN POR CADA UNO DE NOSOTROS.

INVALIDEMOS CONDUCTAS SOCIALMENTE NORMALIZADAS: LA EXIGENCIA, EL AUTORITARISMO, LOS INSULTOS, LAS MENTIRAS, LA INTOLERANCIA Y LA INCAPACIDAD PARA ACEPTAR E INTEGRAR EL SENTIR DEL OTRO.

Cáritas Diocesana de Vitoria Gasteiziko Elizbarrutia

EL CORREO PARTE DE TI ZURE BAITAN

Nuestra Señora de los Desamparados Plaza,1. | 94 523 28 50 | www.caritasvitoria.org

EL DAÑO FUE INJUSTO Y EVITABLE

ANÁLISIS
XABIER GURRUTXAGA

El día que la izquierda abertzale reconozca el error de haber apoyado a ETA habrá dado un paso de gigante

Hoy no es el momento más idóneo para que EH Bildu y especialmente Sortu reflexionen sobre las graves servidumbres que tienen para, de una vez, adoptar la decisión que la sociedad vasca les exige sobre la violencia practicada por ETA y el injusto daño causado. El hecho doloroso de la muerte, al parecer por suicidio, del preso etarra Xabier Rey en la cárcel de Puerto de Santa María les dificulta abordar con la debida serenidad esta reflexión autocrítica. Pero al día siguiente, la necesidad volverá a aparecer como inexorable e inevitable.

El drama es que la izquierda abertzale y ETA no tienen nada para justificar ni legitimar ética y políticamente el daño causado. Porque la violencia, la lucha armada de intencionalidad política, solo tiene explicación en términos de justificación y legitimación en situaciones en las que todas las vías de acción política, pacífica y democrática, absolutamente todas, están prohibidas y cerradas y el recurso a la violencia se presenta como la 'última ratio'; es decir, como pura defensa propia. Y también en ese supuesto, en esa situación tan excepcional, la respuesta violenta sería la peor de entre las respuestas posibles en términos éticos y políticos.

El recurso a la violencia como instrumento esencial de la lucha política nunca fue entre nosotros algo inevitable, que escapara a la voluntad y a la decisión de quienes decidieron adoptarla, practicarla y también apoyarla y justificarla. Y como cualquier otra decisión humana debe ser sometida al juicio ético, político y social. El juicio histórico, tomada toda la vida de ETA en su conjunto, difícilmente nos puede llevar a una conclusión distinta a considerar que fue un grave error convertir ETA en una organización armada. El error se convierte especialmente imperdonable, sin la legitimación que le podía conceder el contexto de la lucha contra la dictadura franquista, cuando erre que erre se decide, en el inicio del periodo democrático y la aprobación del Estatuto, continuar con la violencia hasta convertir la lucha armada en un tabú, en un objetivo en sí mismo.

La izquierda abertzale no ha realizado este juicio crítico sobre la violencia de ETA y de su vinculación a la misma. En su examen interno, a lo máximo que ha llegado es a la conclusión de que la violencia a futuro no tiene sentido y, por ello, trabajó para que ETA cesara en la lucha armada. Pero hasta ahora no ha tenido el coraje de enjuiciar la violencia practicada, que la coalición justificó y legitimó. En ese contexto, a lo máximo que ha llegado es a reconocer el daño causado por ETA, pero no a valorarlo en términos éticos, políticos y humanos. Es decir, ha reconocido que ETA causó daños en las personas. Faltaría más. Pero no los enjuicia.

Sin embargo, cuando se trata de la violencia sufrida bien por los militantes de ETA o de la propia izquierda abertzale a manos de los aparatos del Estado o de la 'guerra sucia' auspiciada por éstos, no se limita a constatar el hecho, sino que lo valora, condenándolo y rechazándolo.

Las dificultades que tiene la izquierda abertzale para liberarse de la pesada carga que representa la historia de dolor de ETA y que recientemente se han puesto de manifiesto en los ayuntamientos de Zarautz y Mondragón, así como en su negativa a acudir al acto de mañana organizado por el Gobierno vasco con motivo del Día Europeo de las Víctimas del Terrorismo, difícilmente las van a superar evitando agarrar el toro por los cuernos. El daño fue injusto y además se pudo evitar.

La mejor manera de solidarizarse con las víctimas, la más sincera y efectiva es reconocerles que nunca debió ocurrir. Ese día la izquierda abertzale habrá dado un paso de gigante, que le ayudará a liberarse de esa carga que grava su pasado.

LA CLAVE

Las consecuencias

Bildu y ETA no tienen nada para justificar ética y políticamente el daño causado